

tes, reservándose indemnizar competentemente á los que hubiesen adquirido del fisco alguno de estos bienes, á título de compra ó de otra manera. Profesaban el cristianismo los gefes que empleaba en el gobierno de las provincias; y de los que seguían la antigua religión exigía que al menos no hiciesen los sacrificios idolátricos, sacrificios que llegó á prohibir generalmente en las ciudades y en las aldeas, y mandó también que no se ejerciese el arte de la adivinación ó cualquiera otra superstición, al menos fuera de los templos. Exhortó, mas como Apóstol que como emperador, á sus nuevos súbditos en todo el Oriente, á que pasasen de las tinieblas de la idolatría á la luz del Evangelio; protestando no obstante que á nadie quería llevar por fuerza al servicio de un Dios que solo acepta el homenaje de los corazones. Encomendaba á los particulares que evitasen inquietarse unos á otros por causa de diversidad de cultos, y reprimió el celo precipitado de los que hablaban ya de demoler los templos de los dioses; pero reedificó en todas partes las iglesias con una magnificencia infinitamente superior á la de su estado primitivo, y con una grandeza que presagiaba lo que apenas podía imaginarse, á saber, que todo el imperio iba á hacerse cristiano. A los gobernadores les tenia prevenido que cuando se tratase del bien de la Iglesia no perdonasen gasto alguno, y autorizaba á los obispos y sacerdotes á sacar á manos llenas de sus tesoros cuanto necesitasen, exhortándoles á ello con el mismo celo que sus mas codiciosos antecesores habian mostrado en amontonarlos.

Mas como esta piadosa liberalidad iba dirigida por una sabiduría igual á la magnificencia del príncipe, parecia que en vez de agotar acrecentaba las riquezas del Estado; pues el cielo derramaba con profusión los bienes sobre un imperio, cuyo vir-

tuoso gefe en nada creía emplearlos mejor que en obsequio del primer Autor de todo beneficio. En efecto, la abundancia y la prosperidad eran generales en las provincias; las tierras abundaban en ricas cosechas; el aire parecia exhalar una sanidad extraordinaria y casi desconocida hasta entonces; los pueblos todos disfrutaban de las dulzuras de la paz y de un santo contento; las ciudades destruidas por el azote de la guerra volvian á restablecerse sobre un pie mas brillante que el antiguo; de modo que el mundo presentaba un aspecto enteramente nuevo, fruto de la inocencia y pureza de costumbres que reinaba casi en general. Nada habia ya que temer ni en lo interior ni en lo exterior desde el restablecimiento de la paz y de la armonía entre las diferentes partes del imperio; los bárbaros respetaban como antes el nombre romano, y los ejércitos observaban una exacta disciplina, pues como el emperador pagaba puntualmente sus tropas y socorría todas sus necesidades con un cuidado paternal, no tenia el soldado el menor pretesto para robar ni para quejarse, y solo pensaba en vivir como ciudadano pacífico. Los veteranos recibían recompensas por sus servicios; mas estas consistían en tierras que cultivaban, y eran respetados en general de los militares por la esperanza de ser tratados del mismo modo algun día. Por último, el orden y la equidad reinaban en todos los estados; cada uno gozaba seguro de lo que le pertenecía, y ya no eran de temer, como en tiempo de los últimos potentados, que mas fueron tiranos que emperadores, ni los caprichos del soberano, ni la avaricia del ministro.

Iguales eran las esperanzas que habia de recoger frutos abundantes de salvación, porque el campo del Padre de familias estaba preparado de un modo admirable: empero la simiente se habia alterado poco á

poco, aunque sin estrépito al principio, por un hombre enemigo, en cuya comparación cuantos fanáticos y corrompedores existieron hasta entonces, apenas merecen el nombre de tales. Arrio, sacerdote de la iglesia de Alejandria, que es de quien vamos á hablar, era natural de Libia y habia seguido el cisma de Melecio, que era otro sectario, obispo primeramente de Lica ó Licópolis en la Tebaida, y depuesto despues en un Concilio por el santo Patriarca de Alejandria, Pedro, por haber sacrificado á los ídolos y por otros muchos crímenes. En vez de procurar merecer el perdón de sus desaciertos por medio de la sumisión y de la penitencia, empeñábase el incorregible prelado Melecio en seducir á una multitud de incautos y espíritus débiles; y sin cuidarse mucho de colorear su cisma con alguna razon plausible, se erigió en gefe de secta, contentándose con decir vagamente que se le habia hecho una injusticia, y con este pretesto profirió mil inectivas contra su piadoso superior, y llenó de sobresalto y escándalo todo el Egipto. Como en Arrio creía ver virtudes y celo junto con un genio áspero y orgulloso que se cree siempre desairado y en lugar inferior á sus méritos, procuró ganarse este apoyo para su cisma, y el resultado de la negociacion fué tal como se podia esperar de dos hombres tan propios el uno para el otro. Pudo sin embargo el santo obispo de Alejandria atraer de nuevo á Arrio al verdadero camino; y no solo le admitió á la comunión, sino que le ordenó de diácono, pues aun no estaba iniciado en los sagrados órdenes cuando se alistó por primera vez en el partido de Melecio. Mas el santo Pastor no tardó en conocer que los genios de la clase de Arrio pocas veces se convierten con sinceridad, y viendo que llevaba á mal se escomulgase á los secuaces de Melecio, á pesar de que con su propia conducta aca-

baba de condenarlos, lo echó de la Iglesia, y no quiso oír hablar mas de reconciliacion con el hipócrita, en lo cual se mantuvo inflexible hasta el fin de su santa vida que acabó con el martirio.

San Aquilas, que le sucedió en la Silla de Alejandria, fué engañado también por el astuto apóstata, á pesar de que estaba prevenido por su ilustre antecesor, quien en este particular se habia explicado de un modo capaz de persuadir que el espíritu de Dios le tenia comunicadas luces mas que regulares. Pero nadie igualaba á Arrio en el arte del fingimiento; y así el sagaz impostor ganó de tal manera al nuevo Patriarca, que consiguió le ordenase de sacerdote, y le confírase el gobierno ó dirección de una de las principales iglesias de Alejandria, pues ya entonces eran nueve. Arrio hizo todos estos progresos mientras el pontificado de Aquilas, aunque duró pocos meses, y despues de la muerte del prelado, se juzgó con bastante mérito para sucederle. Fué con todo preferido el sacerdote Alejandro, cuyas virtudes eminentes y puras, reunidas á un conocimiento grande de los negocios, le grangearon todos los votos. Jamás pudo llevar á bien esta preferencia el soberbio Arrio, y determinó en su interior vengarse de aquel pretendido agravio; pero como por ningun camino podia denigrar la conducta de Alejandro, buscó ocasion de censurar su doctrina; y la singularidad de su modo de pensar no tardó en proporcionársela.

En una junta de sus eclesiásticos, hablando el obispo de Alejandria acerca del misterio de la adorable Trinidad, dijo que esta no contenía mas que una sola esencia (1). Arrio interrumpió á su pastor, diciéndole insolentemente que predicaba el

(1) Theodoret. lib. 1, cap. 2.—Soer. lib. 1, cap. 3.

sabelianismo, y que la distincion de las Divinas Personas consistiria solo en los nombres si se adoptaba la unidad de esencia ó de naturaleza (1). La osadía era escandalosa; alborotáronse todos los miembros de la Asamblea; mas sin embargo no dejó de haber alguna diferencia de pareceres por la astucia del novador en ocultar el sentido de sus espresiones. Arrio siguió aumentando las calumnias y las intrigas para atraerse parciales y defensores; y el obispo seguía mostrando la mayor modestia y suavidad, y no imaginando hasta dónde llegaban las miras del indócil sacerdote, propuso que se tuviese una conferencia, en la que fuese dueño cada uno de decir libremente su sentir y las razones en que lo fundaba.

En este intermedio atrevióse Arrio á decir que el Hijo de Dios no tenia una misma y sola esencia con su Padre, y por consecuencia que no era hijo natural de Dios, sino únicamente adoptivo: que solo el Padre era verdadera y propiamente Dios; que el Hijo lo era solo por participacion, no siendo, añadia, eterno ni inmutable, sino sacado de la nada como las demas criaturas, si bien antes que ellas; y llegando despues á los últimos escesos de la impiedad, no tuvo reparo en decir que el Hijo de Dios, por su libre albedrío, era capaz de vicio lo mismo que de virtud. Al principio no sembró el blasfemo tan espantosa doctrina, al menos con claridad, sino en sus conversaciones particulares; pero cuando se vió con cierto número de sectarios y patronos, no guardó atencion ni respeto alguno, y vomitó sus blasfemias públicamente.

Poseía por desgracia este impío todos los talentos mas propios para la seduccion: su continente era grave y modesto, alta y magestuosa su estatura, penitente y recogido

(1) Sozom. lib. 1, cap. 15.

todo su aire, y ademas grato é insinuante su modo de producirse y tal su manera de presentar las cosas que ocultaba todo lo malo que tenian é introducía agradablemente en los ánimos el mas activo veneno (1). Era ya viejo, y su rostro pálido y descarnado, y sus miembros débiles y trémulos le daban cierto aire de autoridad, tanto que muchos le tenian por un santo desprendido enteramente de la tierra, sin otro interés que el de la virtud y el de la piedad. Insinuábase sagazmente en todas las concurrencias un enjambre de diestros emisarios, en las que no despreciaban ocasion alguna en que pudiesen fortificar estas impresiones perniciosas y dar á las especies que vertia el seductor toda su funesta perfeccion. Con tales disposiciones se atrajo un número prodigioso de secuaces; supo ganar á varios diáconos, sacerdotes, y aún obispos y muchas mugeres indóciles, de las cuales supieron los heresiarcas sacar mucho partido en todas épocas.

Llegó por fin el día de la conferencia: el obispo Alejandro convocó á su clero, y se dió á Arrio facultad para decir libremente sus opiniones. Desde la primera vez que las espuso horrorizaron al Santo patriarca; pero por el bien de la paz permitió se celebrase otra conferencia, sin que en esta segunda adelantase mas que en la primera. Convencido entonces el celoso pastor de que la suavidad y la dilacion no producian otro resultado que el de estender el error por toda la ciudad y por las demas iglesias, y aun fuera de la provincia, reunió un Concilio de cerca de cien obispos de Egipto y de la Libia. En él fueron condenadas unánimemente las novedades impías, y depuesto y excomulgado su autor con nueve diáconos que eran sus principales partidarios. San Alejandro juzgó necesario noticiar esta pro-

(1) S. Epihan. *Hæres.* 69, núm. 13.

videncia, primero á la Cabeza de toda la Iglesia, y despues á los obispos de las sillas mas importantes por su grandeza ó por su situacion, para dar á la sentencia tanto peso y autenticidad como escándalo habia causado el error.

En la única de estas cartas particulares que ha llegado hasta nosotros, y que es la dirigida al obispo de Bizancio (1), se ve la unanimidad con que suscribieron á las decisiones del Concilio de Alejandria los obispos dispersos por todo el Oriente. «Sentenciad con nosotros, decia este escrito, á ejemplo de nuestros hermanos, cuyas respuestas hemos recibido ya, los que han firmado el manifiesto que vereis adjunto á sus cartas, y os entregará nuestro querido hijo el diácono Apion. Los hay de todo el Egipto y de la Tebaida, de la Libia y de Pentápolis, de la Siria, de Panfilia, de la Asia Proconsular, de Capadocia y de las provincias circunvecinas. Por tanto, espero merecer de vosotros una igual aceptacion; porque despues de haber aplicado otros muchos remedios, he pensado que esta creencia uniforme de nuestros hermanos seria el mas eficaz, y perfeccionaria la curacion de los espíritus pusilánimes que se han dejado engañar.» De aqui aparece que el santo patriarca miraba el consentimiento de los obispos, aunque dispersos, como un testimonio infalible de la verdad ortodoxa.

No obstante, se quejaba de que ciertos prelados recibiesen las cartas de Arrio y le contestasen, contra la regla de la Iglesia que veda á un obispo comunicar con persona alguna excomulgada por otro obispo. «Hubiera querido, dice en otra carta dirigida despues del Concilio á todos los obispos del mundo cristiano, hubiera querido atajar el mal en su raiz en la persona de los apóstatas; mas ya que Eusebio se ar-

(1) Theodorot. lib. 1, cap. 8.

roga el derecho de dirigir despóticamente los negocios de toda la Iglesia, ya que ha abandonado escandalosamente la iglesia de Berito para usurpar la silla de Nicomedia, ya que se pone al frente de los refractarios y publica por todas partes escritos en su favor, no puedo cortar ni precaver la seduccion sino rompiendo un silencio que seria tan favorable al error que se va propagando.»

Este Eusebio de Nicomedia, hombre muy distinguido por sus cualidades personales, llegó á ser tan famoso en los negocios del arrianismo, que los primeros arrianos se honraron largo tiempo con llevar su nombre (1). Acababa de escandalizar la Iglesia con un inaudito rasgo de ambicion, que en aquella época equivalia á una intrusion; á saber, por su traslacion desde el obispado de Berito, ciudad mediana de la Palestina, al de Nicomedia, capital de la provincia de Bitinia y de todo el imperio de Oriente, desde que los emperadores principiaron á establecer en ella su mansion ordinaria. Era Eusebio de una cuna muy ilustre, pues estaba emparentado con Juliano Apóstata, y probablemente con Constantino; y por el favor de la princesa Constanza, hermana de este emperador y muger de Licinio, habia podido verificar su proyecto ambicioso.

Habia otro Eusebio que era obispo de Cesarea en Palestina, al que se tiene por pariente del primero, y fué tambien protector de Arrio. Era de un mérito eminente, y se adquirió mucha fama por sus sábios escritos, en especial por su *Historia de la Iglesia*, que le mereció el titulo de padre de la Historia Eclesiástica; y en efecto es la mejor de todas las de la antigüedad, y el digno modelo de las mas modernas; en cuanto al fondo de los asuntos, la dignidad

(1) Theodorot. lib. 1, c. 4.

Y el método. Respecto al estilo, dice Focio, que es poco elevado, y que carece de aquella gracia ática de que el lector apenas puede formar concepto, desde que la lengua de Atenas no se cuenta en el número de las lenguas vivas.

Dió también á luz, además de esta historia, la apreciable obra de la *Preparacion y Demonstracion Evangélica*, que forma un cuerpo muy considerable de disputa contra los paganos y los judíos, cuyo fin es probar que los cristianos no recibieron precipitada y ciegamente la fé, sino despues de un exámen muy prolijo y de convencimiento íntimo fundado en las mas sólidas razones. El tratado de la *Preparacion*, que forma la primera parte del todo de la obra, muestra por qué causa prefirieron los cristianos á la doctrina de los griegos la de los hebreos, á quienes distingue de los judíos, en que estos son un pueblo particular sujeto á la ley de Moisés y á todas sus molestas observancias; y por hebreos entiende todos los fieles que vivieron desde el principio del mundo hasta Moisés, bajo la direccion de la ley de la naturaleza y recta razon, que es comun á todos los pueblos. En el tratado de la *Demonstracion* se enseña por qué los cristianos, despues de abrazar la doctrina de los hebreos, no observan la ley mosaica.

En quince libros está subdividida la *Preparacion*, de los cuales los seis primeros contienen la refutacion del paganismo, y los nueve siguientes muestran la excelencia de los principios religiosos del mas antiguo de los pueblos. En la refutacion del paganismo se esponen, controvierten y examinan todos los principios de la teología fabulosa, con una exactitud que acredita tanta inteligencia como sagacidad, y al mismo tiempo una erudicion prodigiosa, refiriéndose también en esta obra las propias palabras de los autores mas antiguos, tanto egipcios como griegos y romanos. Los filósofos de

los últimos tiempos para desvanecer lo monstruoso y ridiculo de la mitología, tomada á la letra, recurrían al sentido alegórico, y esplicaban de un modo misterioso las fábulas mas absurdas; pero Eusebio los persigue hasta en este mismo asilo, probando que la verdadera teología de los paganos no era otra cosa que las fábulas entendidas tan literalmente como están en los poetas, y que aun respecto de las alegorias de los físicos, seria siempre una idolatría grosera adorar á los astros, á los elementos y á los cuerpos de toda especie, bajo el nombre de dioses y diosas. Y estrechando aun mas á aquellos filósofos mitologistas, y en particular á Porfirio, les muestra por medio del raciocinio mas persuasivo y la mas vasta estension de ingenio y de conocimientos, que con sus violentas esplicaciones producian mayores dificultades que las que se proponían esclarecer, y que no solo arruinaban de esta manera su religion supersticiosa, sino que absolutamente destruían toda religion, de la que no dejaban á los hombres señal alguna sensible. Eusebio se propone asimismo, en el libro quinto de esta primera parte, refutar los oráculos, que miraba como uno de los principales fundamentos de la supersticion de los pueblos; y no contentándose con aniquilar por los medios mas invencibles la basa de toda adivinacion en general, analiza particularmente todos los oráculos mas célebres, y demuestra su ilusion de un modo palmario.

Despues de una refutacion de esta especie no le era difícil justificar á los cristianos de que hubiesen preferido la doctrina de los hebreos á la de los gentiles, siendo tan pura la moral de aquellos primeros pueblos y sus dogmas tan razonables como religiosos. Respecto á la ley del pueblo particular que habitaba la Judea, cuyo Legislador y Profetas son anteriores á los escritores griegos, nota la conformidad de sus

principios con los de los pueblos antiguos ó hebreos, y la de estos con los filósofos mas célebres, principiando por Platon. En cuanto á los filósofos cuya doctrina no es conforme con la nuestra, prueba que tampoco concuerdan entre sí, y combate acertadamente á los unos con las razones de los otros.

En la *Demonstracion Evangélica*, que forma una excelente controversia contra los judíos, hace ver que no debemos seguir nosotros su manera de vida, aunque hayamos abrazado la doctrina de los hebreos: lo cual prueba estensamente con argumentos de sus propios doctores, con los escritos de los Profetas, y por la conveniencia misma de las cosas; pues era evidente que la ley de Moisés habia sido hecha solamente para el pueblo particular que vivia reducido en una provincia de poca estension y que no debia sacrificar sino en un solo templo. Esta obra de la *Demonstracion* está dividida en veinte libros, de los cuales los diez últimos se perdieron. Descubrió Fabricio algunos fragmentos de esta obra preciosa, y los dió á luz en su biblioteca de los autores que tratan de Religion.

Nos limitaremos á indicar los demás escritos de Eusebio, tales como su *Crónica* traducida por San Gerónimo, la *Vida del Emperador Constantino*, la del mártir Pamfilio, la *Historia* de los mártires de su tiempo, sus comentarios sobre la Escritura y varios tratados polémicos. No habiéndonos propuesto analizar formalmente ni aun las obras de los principales escritores, sino tan solo apuntar los recursos que de ellas se pueden sacar en favor de la Religion y mostrar el carácter de sus autores; solo diremos que el de Eusebio por su gran solidez, abundancia en las materias, y erudicion profunda é interesante, hizo justamente que se le tuviese por un escritor de los mas juiciosos y por el

hombre mas sabio de su tiempo. (a) Añadia Eusebio á su nombre propio el del mártir Pamfilio, que habia pasado su vida en el ejercicio de todas las virtudes, á las cuales reunia una gran capacidad y una aplicacion constante, tanto á estudiar como á enseñar. Habiendo este sabio y santo sacerdote recogido con el mayor esmero los escritos de los autores eclesiásticos, principalmente los de Orígenes, que copió cuasi todos de su mano, formó con ellos una rica biblioteca en Cesarea, y estableció en esta ciudad una escuela cristiana, en la cual Eusebio, uno de sus muchos discípulos, se aficionó de tal modo á su maestro, que despues de su martirio, acaecido en la persecucion de Diocleciano, creyó que hacia poco en escribir su vida, y quiso llevar siempre su nombre. Feliz el si despues de la muerte de Pamfilio hubiese sabido elegir otro objeto de su cariño tan digno como el que habia perdido! Mas por su desgracia trabó amistad con Arrio, y á pesar del empeño de muchos modernos en justificarle, es muy verosímil que perseveró siempre en el error.

Respecto á Eusebio de Nicomedia, el corto interés de sostener á un simple sacerdote como Arrio, no hubiera tenido la mayor influencia en el carácter y procedimien-

(a) Por esta misma época, en 320, floreció el ilustre escritor y presbítero español llamado Cayo Veccio Juvenco Aquilino. Era de una familia ilustre y fué el primero de los poetas latinos que consagró la poesía á la Religion: pues siguiendo en cuanto lo fué posible el testo de los Evangelistas, escribió en verso hexámetro ó heroico la vida de Jesucristo, obra que dedicó al emperador Constantino, y que reimpressa repetidas veces mereció siempre el mayor aprecio. También escribió en verso acerca de los Sacramentos, aunque no ha llegado á nosotros esta obra, así como tampoco varias otras en que sin duda ejerció su vena fácil y abundante antes de emprender la ilustre obra de la *Historia Evangélica*. De él habla San Gerónimo en el libro de los Escritores Eclesiásticos, núm. 95, en la carta á Magno y en el Cronicon; Venancio Fortunato en el principio de los libros de la vida de San Martin, y don Nicolás Antonio, en el libro segundo de su Biblioteca, cap. 4. (N. del E.)